

El domingo 26 de octubre de 1952 abandoné la Crítica Literaria de LA NACION, que ejercí por once años, desde 1941. Ahora vuelvo a las columnas del viejo diario, y reanudo mis labores con el mismo programa de objetividad que demostré en el lapso citado.

**E**L LIBRO de la señora María Flora Yáñez demuestra una reacción, no siempre razonable, contra el género criollista, cuyas desviaciones a menudo señalé. El criollismo nació bajo el impacto del naturalismo y exageró la reproducción de escenas de la vida campesina, sin agotar temas y asuntos, pero cansando, a veces, a los lectores. Alrededor de 1940 repuntó una nueva corriente, que bauticé como "neocriollista". El término tuvo éxito e hizo carrera, hasta el extremo de suscitar comentarios y libros que pretendían atrapar su contenido. Posteriormente, en torno a 1950, se agudizó el conflicto entre las nuevas generaciones intelectuales y el cultivo de lo folklórico y exageradamente anecdótico, a través de una diversa elaboración de la realidad y un aumento de la preocupación por lo urbano. Esto último se destaca con mayor viveza en el cuento, género que trata de compendiar la señora Yáñez, en un período que va desde 1938 hasta 1958. "En esta Antología —dice— he deseado, ante todo, presentar a autores cuyo acento y expresiones dejaron atrás la era criollista, trasmutando con su creación la realidad, que es siempre más compleja y misteriosa de lo que aparece."

Semejantes propósitos no surgen con claridad cuando se encuentra la inclusión, en la Antología, de autores como Oscar Castro, Francisco Coloane, Nicomedes Guzmán, Rafael Maluenda, Juan Marín, Manuel Rojas, Andrés Sabella y la propia autora. Todos han sido, de una manera u otra, pilares de lo que hoy se trata de separar bruscamente, sin solución de continuidad, en el libro que resumó. La cronología no es clara tampoco, porque si se inserta a los anteriores, se excluyen otros que, dentro de la etapa criollista, valen literariamente más que ciertos preferidos de la señora Yáñez. En lo demás, su volumen es irreprochable, salvo en algún rasgo generoso al seleccionar escritores de escasa o nula producción, aboliendo a otros de más jerarquía.

En favor de la señora Yáñez hay que subrayar el excelente muestrario que ha obtenido de los cuentos de Margarita Aguirre, Fernando Alegria, Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Guillermo Blanco, María Luisa Bombal, Oscar Castro, Armando Cassioli, Francisco Coloane, José Donoso, Mario Espinoza, Claudio Giacóni, Teresa Hamel, Luis Alberto Heiremans, Herbert Müller, Salvador Reyes, Manuel Rojas y Hernán del Solar.

A lo que dije, refiriéndome a un libro mío, que las antologías sirven para situar preferencias y la conformación intelectual del autor. No participo del propósito de apartar como apesadados a los criollistas, entre los cuales existen relatos breves muy evolucionados y bastante actuales, como un sector de la producción de Juan Donoso, Marta Jara y Luis Cornejo, autor del sorprendente volumen **Barrio Bravo**, dado a luz en 1955. En cuanto a los más exigentes, desde el punto de vista técnico, sorprende no encontrar aquí a Enrique Lafourcade, a Carlos León, a Maté Allamand, a Hugo Laso Jara y a Marcela Paz.

Un escritor argentino, Antonio Pagés Larraza, incurrió, en 1952, en un curioso error al suprimir de una antología a todos los escritores de ciudad que habla en su patria. La señora Yáñez divide, algo automáticamente, la literatura narrativa nacional en dos sectores irreconciliables, al parecer. Ni todos los criollistas son una versión rezagada de las técnicas expresivas de la actualidad, ni todos los partidarios de la imaginación pura, del mito y del misterio alcanzan a demostrar su originalidad independizándose de modelos europeos y norteamericanos elegidos. Por eso, parece algo arbitraria la división propuesta con buena fe por la destacada recopiladora.

El libro, contemplado desde otros ángulos, constituye un valioso testimonio de la madurez y del logro estilístico de unos veinte autores. Otros son inferiores a varios de los que aquí no se registran. Por su importancia y lo nutrido del material escogido, la **Antología del Cuento Chileno Moderno** constituye una ampliación notable y útil de las selecciones anteriores de Raúl Silva Castro, de Miguel Serrano, de Nicomedes Guzmán y de Enrique Lafourcade. No dudo que el público acogerá con agrado la oportunidad de conocer un conjunto atrevido de autores que ha conformado una nueva sensibilidad y un agudo espíritu analítico frente a la realidad chilena.

**Y** YA QUE se está hablando del cuento, es digno de preocupar a la crítica la aparición de otro narrador desconocido hasta ayer: Waldo Vila Suárez, hijo del renombrado pintor Waldo Vila Silva.

En su libro **Un Día antes del Viento** agrupa doce narraciones, en que exhibe cualidades narrativas de primera clase. A pesar de su juventud, se revela experto conductor de sus argumentos y serio observador. Todavía tiene vacilaciones en la prosa y un manejo a veces descuidado de los verbos. Pero son fallas que no alcanzan a empañar el flujo natural de su estilo, de gran exactitud y relieve en la captación de motivos psicológicos o eróticos. También destila esencias poéticas que lo apartan del tremendismo o la tendencia a la obscenidad de varios de sus contemporáneos. No se asusta de abordar temas escabrosos o situaciones de tensión dramática, como en ese modelo de cuento que es el que da el título a la colección: **Un Día antes del Viento**. El asunto parece no tener mayor complejidad, pero el conflicto surge de la iniciación amorosa de una muchacha en una playa. Es un cuento de ejecución admirable, de fina y penetrante madurez psicológica cuando analiza los problemas de la pubertad y del sexo, sin regodeos eróticos, pero sin ningún falso escrupulo de escritor. Otra historia de emotiva estructura es la que se denomina **La mudanza**, que describe el caso de la señora Amelia, que debe abandonar, por economía, su vieja casa y acogerse a la rídicula hospitalidad de su hermana Rosa. Un inesperado desenlace cierra el episodio y deja flotando una fuerte sensación de angustia al cerrarse la acción.

Waldo Vila Suárez posee fantasía e imaginación. Puede ubicarse con facilidad entre los autores nuevos que cultivan lo psicológico, y no estorbaría en la **Antología** de María Flora Yáñez. Necesita mejorar su idioma y perfeccionar sus métodos estilísticos, pero es raro encontrar a su edad una soltura tan envidiable.

Como reacción contra un mundo agrietado que exhibe contrastes y niega las soluciones, los escritores están explorando el pequeño universo de la infancia. A través de diversos testigos que acusan a las generaciones anteriores se están acumulando los expedientes de un proceso apasionador. Esto se ha comprobado por la crítica en las diversas corrientes novelísticas de nuestra época. Waldo Vila escribió un cuento que refleja con angustioso acento el abandono de un muchacho, cuya única distracción, en una modesta estación, era el paso de los trenes. En **La despedida** se agudiza el cuidado con que el cuentista trata un asunto con perfecta cohesión de sus materiales. La acción discurre, con sencillez, en un pueblo, y el único héroe es el niño y su choque con una tremenda realidad que no alcanza a captar en su desesperado esfuerzo. En **El gigante**, cuento de dramático contenido, pero abandonando los temas de la infancia ya tratados también en **Un Día antes del Viento**, se vuelve a penetrar en la soledad y la frustración de una vida mísera y sin destino. Es un enredo curioso en que se relata lo que ocurre a un individuo que se gana la vida disfrazándose de gigante, con ayuda de unos grandes zancos. Después de recorrer muchas regiones, tiene que emplearse en una botica, cuando ya está vencido y viejo. Pero entonces se descubre, por última vez, su habilidad, y resulta un enorme desastre su última salida a la calle. Waldo Vila sabe combinar aquí la emoción humana y una fibra de ternura, en que resplandecen su fino talento y su sensibilidad auténtica.

Se podrían elegir otros relatos, pero todos ellos tienen un común denominador, que es la contención, la mesura y la sobriedad para ordenar las tramas y los conflictos íntimos de sus protagonistas. En **El funcionario Martínez** se vuelve la atención del escritor hacia la burocracia, que acaba de estudiar, con crueldad, Jaime Lazo en su novela **El Cepo**. Es uno de los asuntos que van preocupando cada vez más a los escritores de la promoción reciente en su autopsia de la clase media nacional. Martínez, como el héroe de Jaime Lazo, vive atrapado por un ambiente sórdido, por un trabajo mecánico y rutinario, en medio de un cansancio irreparable y de un agotamiento visible de sus facultades físicas y morales.

En el volumen de Waldo Vila Suárez se confirman las tendencias más positivas del nuevo relato chileno, pero con la incorporación en sus enredos del descontento creador propio de una generación que se abre camino en la soledad. El esfuerzo solidario de este grupo de escritores, a pesar de cierta incompreensión de muchos editores y críticos, está demostrando que esos hombres buscan su lugar en la sociedad y saben expresar una inquietud plausible. Lo único que demuele las posibilidades de una literatura es el tibio conformismo o el tedio hedonista de los que no saben ver más allá de las apariencias. Waldo Vila Suárez posee un gran porvenir por delante, y se inicia con un pulso seguro que, más tarde, orientará sus futuras producciones. Es de los artistas que tienen mucho que decir todavía.

a María Flora con paratextos / *Antología*  
Yañez: *vee mediación - ANTOF //*

DOMINGO 7 DE DICIEMBRE DE 1958

## NOTAS DE ARTE Y LITERATURA

POR O'HIGGINS GUZMAN

# Ercilla

Santiago, 7 de enero de 1959

### Problema de Autoantología

Señor Director:

Creo discutible la afirmación que respecto a antologías hace ERCILLA 1.231 (pág. 12). ¿Por qué motivo un cuentista, ensayista o poeta que tiene en su obra determinada tendencia ha de eliminarse de una antología general de que es autor y que sostiene dicha tendencia?

Incluirse en una presentación no implica vanidad necesariamente, sino apoyo a una idea. Mucha más presunción sería entonces la del autor que antologa en conjunto sus propias obras, y eso es corriente, aceptado en todos los códigos que rigen estas cosas y no causa asombro. Ahora que, entre treinta y tantos cuentistas, una conocida escritora como es María Flora Yañez incluya uno de sus relatos se considera en todas partes natural y normal. Incluso en Chile lo hizo antes Miguel Serrano, al poner dos cuentos suyos en su "Antología del Verdadero Cuento en Chile", y ello no levantó polvareda.

Es que aquí se vive ceñido a normas hechas, es decir, a convenciones. Pero recordemos que nuestra época ha resuelto matar —enhorabuena— todos los convencionalismos, todo aquello que, por obedecer a reglas y leyes, se aparta de la naturalidad. ¿Y qué otra cosa que naturalidad es, si un autor tiene dentro de su familia, dos o tres miembros que son cuentistas y buenos cuentistas, no castigarlos eliminándolos de un conjunto de narradores?

Creo que el juicio de ERCILLA es incomprensivo y

demasiado ajustado a normas. En las grandes arenas literarias de Europa ese hecho se habría considerado justo. Aquí se mira con el vidrio de aumento que emplean, en casos similares a éste, las aldeas y pueblos chicos. Y ¡vamos!, ya no somos pueblo chico para detenernos en minucias, compadrazgos literarios y parentescos de los autores...

CARNET 239769  
Santiago



MARIA FLORA YAÑEZ  
¿Estuvo bien o mal?

La Antología del Cuento Chileno Moderno, publicada en primera edición el año 1958 tiene la intención de seleccionar a los autores que, a juicio de la autora "están más de acuerdo con la época que vivimos y la representan en su forma caótica y atormentada". Esta segunda edición hace desaparecer a varios de los escogidos en 1958: Silvia Balmaceda, Mario Espinoza, Rafael Maluenda, Manuel Rojas y Juan Tejeda. Añade dos nuevos: Jorge Edwards, con su cuento "El último día" y María Urzúa con "La Flor Azul". Y varía la selección de la propia antóloga, que figuraba primeramente con el cuento "Gertrudis", y que ahora aparece con "Icha", una historia de reminiscencias dentro de lo que podríamos llamar el nuevo y afortunado estilo de María Flora Yañez. Discutible o no el punto de vista de la espigadora su Antología presenta un buen conjunto de narradores y da una idea precisa del cuento contemporáneo. Sin duda es esta la mejor de las tres antologías que comentamos.

### Antología del Cuento Chileno Moderno

Han menudeado en años recientes, antologías sobre el cuento chileno de las últimas décadas. Algunas han levantado revuelo. Esta, muy fresca aun la tinta de sus páginas, pues salió de la Editorial del Pacífico sólo hace tres semanas, bien puede que ocasione algo semejante. Es la suerte de todas las antologías. Bien lo sabrá María Flora Yañez, su autora, que no es novicia en nuestro mundo literario.

Hacer, como lo ha hecho, una antología de cuentistas de los últimos veinte años (1938-1958), es ciertamente un riesgo doble, porque casi todos los antologados circulan aún por esta vida y, lo que es más, los no antologados, y porque a muchos no se les puede apreciar todavía en perspectiva apropiada.

Hay más de una treintena de autores. Muchos, para nombrarlos a todos. Entre los más conocidos, Miguel Serrano, Guillermo Añas, Guillermo Blanco, María Luisa Bombal, Coloane, Andrés Sabella, José Donoso, Maluenda, Juan Marín, Salvador Reyes y Manuel Rojas; la mayoría de los cuales no sólo tienen un sitio bien ganado en una antología, sino en la literatura nacional. Otros, en cambio, probablemente, pasen sin más.

La intención de la compiladora se manifiesta claramente en el prólogo de la antología, y no es otra que destacar la evolución del cuento nacional de la etapa primaria, pero necesaria, del costumbrismo a la de la realidad subjetiva de los seres. Es decir, del tipo al paradigma. Es éste el gran mérito de la Antología del Cuento Chileno Moderno, mérito que condice plenamente con lo afirmado por Ricardo Latcham en la introducción a su reciente Antología del Cuento Americano del Siglo XX, donde observa que esa misma es la evolución de la literatura continental de nuestro tiempo.

ANTOLOGIA DEL CUENTO  
CHILENO MODERNO. 1938-1958.

Por María Flora Yáñez. Editorial  
Del Pacífico, S. A. Santiago de Chile.  
1958.

En una cuidada y agradable edición, acaba de publicar la Editorial Del Pacífico la *Antología del Cuento Chileno Moderno*, de que es autora María Flora Yáñez, quien recoge, a manera ejemplar, la nutrida y copiosa producción de veinte años de vida literaria chilena en el género cuentístico.

María Luisa Bombal, Nicomedes Guzmán, Guillermo Blanco, Alfonso Echeverría, Luis Alberto Heiremans, Mario Espinosa y Claudio Giacconi, son sólo algunos de los nombres antologados por María Flora Yáñez. Ellos, a su vez, representan disímiles tendencias y el lazo que los une es la contemporaneidad. Esto, que podría parecer una simpleza, no lo es si se piensa que en esta expresión va incluido todo lo que enciende el interés del hombre de hoy, todos los valores de símbolo o de trascendencia que preocupan y, también, enajenan al actual ser humano. La etapa del descubrimiento de la naturaleza, de su tipicidad o de su poder telúrico, ha pasado. El cuentista chileno quiere estar ahora, en este mundo, en la época que le ha tocado vivir. Y al querer estar en ella, quiere, a la vez, aprehenderla, y darla, darla en la medida de sus posibilidades.

Se ha dicho que esta *Antología* es una pequeña biblioteca y en ese sentido es enormemente útil. Sin duda alguna; pero su utilidad mayor reside en que coloca, uno junto al otro, sin apelación ni disculpa, ala mayoría de los cuentistas de esta hora. No se trata de establecer comparaciones ni de sobreestimar ni anular a nadie. Pero, sí, de ponderar lo de auténtico valor, que será a la postre lo que sobreviva.

Por eso, dice mucho y con razón María Flora Yáñez cuando expresa en su *Prólogo* que estas obras son *Símbolos que llevan en sí un soplo de fecundidad y reflejan las profundas aspiraciones de una época y que han de perdurar más allá de la existencia de su autor, iluminando a quienes lo siguen.*

Viñeta Literaria

La vitalidad del cuento chileno en los últimos veinte años de su evolución queda patentizada con la antología que le acaba de consagrar la señora María Flora Yáñez. En este libro, que lleva el título de "Antología del cuento chileno moderno", aparecen producciones de un cuentista fogueado en largas jornadas de labor, Rafael Maluenda, pero también se ven de juveniles autores que no tienen a su haber siquiera libros que den cuenta de sus obras. ¿Cómo ha podido la autora de la antología escoger las producciones necesarias para dar muestras de los intentos de tan recientes escritores? La verdad es que la señora Yáñez, ampliamente vinculada en el medio literario nacional, obtuvo aquellas colaboraciones para completar su cuadro, merced a las excelentes relaciones de camaradería que la unen a los escritores de diferentes generaciones y grupos.

El interés de la autora de esta singular antología es, como se declara en su prólogo, investigar en lo que llama el cuento mágico, "que va más allá de la mera descripción de la estampa fotográfica, que interpreta o transforma la realidad y que, incluso, anhela alcanzar hasta cierto universo invisible, pretendiendo explorarlo". Este cuento de especiales contornos ha venido dándose en la literatura chilena contemporánea con relativa abundancia, y por ello la antología no era sólo viable, sino también deseable para dar cuenta de los hallazgos expresivos. El único escritor desaparecido de esta antología es Oscar Castro, y de todos los demás puede afirmarse que las páginas de ellos señaladas son realmente representativas de talentos que, aplicados al cuento, han enriquecido la sensibilidad literaria de Chile.

C.

*Hispania*, Vol XLII, No. 2,  
May 1959, p. 268.

*Otra antología.*—Una observación atenta del estado actual de nuestra literatura, nos lleva a afirmar que la antología se hace cada vez más necesaria, si consideramos su valor de sumario o panorama. Así es como hemos visto menudear las antologías en este último tiempo. Ellas vienen a llenar un vacío. La *Antología del cuento chileno moderno* (1938-58) de María Flora Yáñez, Ed. del Pacífico, nos presenta un selecto grupo de autores y obras que van desde Fernando Alegría hasta Molina Neira, Juan Marín, Salvador Reyes y los jóvenes de las últimas hornadas como Giacconi, Donoso, Müller, Sabella, etc.

**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
DEPTO. DE EXTENSION CULTURAL



La Sociedad de Escritores y el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, tienen el agrado de invitar a Ud. a la Entrevista Oral a MARIA FLORA YANEZ, con motivo de la publicación de su obra "ANTOLOGIA DEL CUENTO CHILENO MODERNO", que se efectuará el Martes 14, a las 19 horas, en la Sala Valentín Letelier, Huérfanos 1117, tercer piso.

SANTIAGO, Julio de 1959.

# Veinte Años del Cuento Chileno Moderno

Por ANDRES SABELLA

**S**I DEBIESEMOS buscar una lejana semilla augural de esta "Antología del Cuento Chileno Moderno" (1938-1958), (1), de María Flora Yáñez, retrocederíamos hasta don Alonso de Ovalle, para encontrar en su exaltada escritura de pasiones y nostalgias tres palabras suyas bastante poco advertidas que exaltan nuestros ríos: son aquellas en que compata las aguas de algunos de ellos con "átomos de sol" (2) Estas son, a nuestro corto entender la primera revelación de cultura total que resplandece en nuestros libros. Los cuentos de esta Antología son, también, ríos de cauce singular; ya no se estagnan las ondas de la imaginación ya no hay apozamientos en la comodidad descriptiva, ya no cabe la receta; ahora, nuestros cuentistas saltan desde sí para caer, heroicamente, en medio de sí acrobáticas de su propio pulso.

Si aquellos "átomos de sol" mostraron a un escritor que no sólo resumía ternura y sentimiento sino que, asimismo, guardaba saber y presentimiento; si dieron a nuestras letras la primera luz de lo insólito en esta palabra absolutamente más allá del común de las que se empleaban en 1646: átomo, hoy los cuentos antologados por la autora de "Juan Estrella" resultan tan reveladores, como el juego expresivo que uso, entonces el fundador de nuestra Pascua de Negros.

El Criollismo, respetable por las innumerables victorias y cicatrices que honran su cuerpo no podía permanecer en actitud de único surco para nuestras posibilidades creadoras; era preciso que se hallasen nuevas fuentes y nuevos rumbos cuyas ventajas ensancharan el torax de nuestro relato, haciéndolo más bizarro, capaz de esconder, además del corazón antineante del huaso, el corazón de mil matices del Hombre en el Universo. Es lo que, aquí, sobra y alegra; lo que aquí enaltece la faena de la escritora que no solamente, labra su voz en austero ejercicio, sino que se procura tiempo para preocuparse de la de los demás, concediéndole a lectores y estudiosos sustancioso material de hallazgos y de jubilos. Este es uno de los méritos indiscutibles de esta obra que, como todas las antologías presenta blanco al enfado de los omitidos; inevitable, pero en tan peligrosa empresa de juez y jardinero de claves (3).

Frente a esto echamos de menos un recuerdo que deseamos destacar, acá: en 1929 Ernesto Silva Román publicó "El Dueño de los astros" (La Novela Nueva) rompiendo con la utilería tradicional —ponchos finajas, espuelas— y enganchando sus palabras y fantasmas al artesanado de las más peligrosas estrellas. Es legítimamente un noble precursor en el combate por alcanzar al hombre desnudándolo de compromisos de traies y de fabla. El buen azar hizo que Juan Marín también publicara en 1929 sus poemas de "Looning" circunstancia que bautiza con sal estelar la aventura de los escritores chilenos que an-

sían tutear símbolos y mitos, misterios y sorpresas de oro desconocido. Apollinaire en Francia antes de morir, era el Gran Embajador del Cielo en la literatura universal. ¡hasta parecía aviador, bizarro en sus vendajes de trepanado con que continúa posando para la posteridad!

María Flora Yáñez sitúa en D'Halmar y en Prado a los anticipadores del Cuento Chileno Moderno, indudablemente, abrieron las ventanas de Chile para que los aires de la Creación penetraran a nosotros liberándonos del solo aroma de la pudibunda empanada. Con "La lámpara en el molino" y "Alsino" ganamos claridad y altitud de palabra. Y esta claridad y esta altitud se vuelven fascinadora materia de verbo y de alucinaciones en otro libro chileno de impetu astral: el maravilloso "Altazor" de Huidobro (1929) quien nunca quedará fuera de ningún análisis de novedad que verifiquemos en nuestra historia literaria actual.

Los 32 cuentistas seleccionados, sagazmente, por María Flora Yáñez, esperan al que completará la cifra mágica para beneficio de la literatura chilena que brega, exitosamente, por



zafarse de la estrecha chaquetilla huasa para lograr la holgura del cuerpo humano vestido de inmensidad.

(1) Editorial del Pacífico S. A., Colección Fontana, 327 páginas.

(2) "Histórica relación del Reino de Chile" Libro I, Cap VII.

(3) ¿Por qué no Mahfúd Massis y sus cuentos de fúnebres alcoholes? Antofagasta, 13 de diciembre de 1958.

**C** a María Flora Yáñez: cordialmente!

**C**UALQUIER antología resulta un desafío al tiempo, un riesgo contra la peor de todas las ofensas: la vanidad ajena. Esto lo entiende y lo afronta María Flora Yáñez en su "Antología del Cuento Chileno Moderno", (Colección Fontana, Editorial del Pacífico S. A.), que compendia veinte años de ejercicio: 1938-1958, veinte años de liberación de esa especie de tromba avída y devorante del criollismo, en cuyo vértigo sucumbieron tantos escritores que cedieron a la tentación tricolor.

Ahora, María Flora Yáñez reúne a treinta y dos escritores que olvidaron el poncho y el "benaiga, mi patroncito", que olfatearon la cabeza hacia su alma y crearon páginas sin olor a menta y a poleo, pero henchidas por la fragancia tremenda de sí mismos. El mayor es Rafael Maluenda, nacido en 1885; los menores cumplen recién la treintena. Sin embargo, la fuerza del arte laborado sin otro aire que el de la propia vida, vibra en todos con igual dominio. No son escritores con apoyo de fuera: ciegos para el paisaje, existen, en cambio, con los ojos abiertos y despiertos para los espectáculos de sus sueños. La orden de saltar la cuerda floja del criollismo vino de don Augusto D'Halmar y Pedro Prado: ¿no podría ser el epigrafe de esta antología, aquello que sentenciara D'Halmar; que los únicos frutos que maduran a la luz de la luna son nuestros sueños?

María Flora Yáñez se propuso mostrarnos cómo la literatura va del "hombre tal" al Hombre; cómo del "color local" debe llegarse a los matices que definen a la criatura humana en su múltiple espejo de sorpresas. Ya, por lo que se lee en estas páginas de sabia elección, doblamos la curva del "ño" para entrar en la ventaja del "don" y de los dones: María Flora Yáñez acaba de bautizar en Mundo y en Hombre al cuerpo literario chileno, no sumergéndolo en el Maule —que es el Jordán del criollismo— sino que echándole el agua y la sal de la creación mayor. — S. A.

(1) "Sonatas del Gallo Negro" Lírica Hispana Núm. 184, Caracas.

# Discutida Antologista de Cuentos ACOGE A LA FAMILIA

**ES TRADICIONAL** el tormentoso destino de las antologías. Mientras los lectores suelen consumirlas, atraídos por su variedad, reciben vapuleos críticos que parten a veces de los mismos seleccionados. Suelen escucharse estas frases de los escritores: "Incluyó mi peor cuento", "Fue a antologar precisamente mi poema más débil. No hay duda de que lo hizo de propósito". En el caso de la reciente "Antología del Cuento Chileno Moderno" (327 páginas de apretado texto, Editorial del Pacífico) la escritora María Flora Yáñez, responsable de la selección, ofrece puntos especialmente vulnerables para la contraofensiva.

Poco cautelosa de las consecuencias, acaso por el hecho de ser mujer no dotada de la astuta estrategia necesaria en tan duras lides, su Antología levanta polvareda de variados reproches apenas publicada. El flanco más sensible del volumen estriba en la inclusión de la propia María Flora Yáñez, que se seleccionó a sí misma insertando su cuento "Gertrudis" (según ella "mitad ficción, mitad realidad"). Este pecado de autovaloración, ya ocurrido otras veces en varios países y casi siempre con escándalo, lo complica la femenina antologista acogiendo en las páginas del libro a tres familiares directos: su hijo Alfonso Echeverría Yáñez, su hermano Alvaro Yáñez (se firma "Juan Emar") y su sobrino José Donoso Yáñez. Cuatro cuentos, de 32, llevan la sangre de la antologista.

En las tertulias literarias, malévolas lenguas bautizaron el libro como "La Letelier de las Antologías", reprochándole, además, a la seleccionadora la no inclusión de escritores significativos del cuento nacional contemporáneo, como Marta Brunet, Eugenia Sanhueza, Enrique Bunster, Teófilo Cid, Jorge Ibáñez y Enrique Lafourcade.

## CONOCIDOS Y DESCONOCIDOS

Aparte de esto y de la discusión de la calidad de los relatos incluidos —que depende del gusto de quien los elige—, la Antología consta de nutrido material y los lectores hallarán muestras abundantes de la fecunda producción cuentística actual, a veces dispersa en revistas o aún sin publicar.

Abarca 20 años de cuentos (1938-58) e incluye a 6 narradoras femeninas y 26 varones. De los 32 cuentos, siete son inéditos: los de Margarita Aguirre (recientemente pre-

miada en Buenos Aires), Guillermo Atías, Guillermo Blanco, Mario Espinosa, Teresa



**MARGARITA AGUIRRE**  
Una de las 6 cuentistas

**GUILLERMO BLANCO**  
Destaca con un Hada



Hamel, Luis Merino Reyes y Elisa Serrana (desconocida entre nosotros, se anuncia en una nota que acompaña a su cuento, que tiene una novela en prensa y que "viajó por Europa, USA y el Lejano Oriente").

En general, las narraciones son breves, algunas de 4 y 5 páginas. La más extensa es "Las Islas Nuevas" (21 páginas), de María Luisa Bombal, la autora de "La Última Niebla" y "La Amortajada", que vive en Nueva York desde hace largos años.

Destaca, por su encanto poético y originalidad, el cuento "El Hada", de Guillermo Blanco (autor del volumen "Sólo un Hombre en el Mar") y también el curioso relato "Despremiados", de Armando Cassigoli, mezcla de disparate dramático y humor satírico, en que se refieren las peripecias de dos pícaros "rotos" que presentaron un "perro humano" en elegante Exposición Canina.

## PREFIRIO LOS CAOTICOS

Desde el prólogo, María Flora Yáñez esboza el sentido y la intención que quiso dar a su Antología. Dice:

\*\*\* "He deseado, ante todo, presentar a autores cuyo acento y expresiones dejaron atrás la era criollista, transmutando con su creación la realidad, que es siempre más compleja y misteriosa de lo que aparece."

\*\*\* "Si esta Antología es una afirmación del desarrollo actual del cuento chileno, no llega hasta repudiar el género criollista y eliminarlo de sus páginas. Van en ella dos relatos de esta índole (uno de Oscar Castro, otro de Nicomedes Guzmán)."

\*\*\* "La mayoría de las narraciones que presento están dentro de lo simbólico o mítico. Algunos de los relatos seleccionados son simples bosquejos..."

\*\*\* "Dentro de la limitación que impone esta clase de trabajo, he elegido a quienes, a mi juicio, están más de acuerdo con la época que vivimos y la representan en su forma caótica y atormentada."

## ENTREVISTA ORAL A MARIA FLORA YAÑEZ

En la Sala "Valentín Letelier", Huérfanos 1117, se efectuará mañana, a las 19 horas, una entrevista oral a María Flora Yáñez, con motivo de la publicación de su obra "Antología del cuento chileno moderno". La reunión se realiza bajo los auspicios de la Sociedad de Escritores y el Departamento de Extensión Cultural.

## *Antología de Cuentos*

Acaba de aparecer en Madrid, publicada por la Editorial Labor, una Antología Juvenil de Cuentos que tiene carácter universal por figurar en ella autores de casi todos los países del mundo.

Entre ellos están: de España, Juan Ramón Jiménez, Aurora Díaz Plaja, Montserrat del Amo, Marisa Villardefrancos, Francisco Rodríguez Marín. De Chile: Gabriela Mistral y María Flora Yáñez. Del Perú: Ricardo Palma. De Francia: Saint Exupéry, André Lichtenberger, Condesa de Segur. De Alemania: Hoffmann, Grimm, Guillermo Hauß. De India: Rabindranath Tagore. De Inglaterra: Rudyard Kipling, Charles Dickens, Juan Swift. De Venezuela: Aurora Carranza. Y varios otros de diferentes países.

PATRIMONIO UC

# "ANTOLOGIA DEL CUENTO CHILENO MODERNO"

por María Flora Yáñez.

Cualquier antología resulta un desafío al tiempo, un riesgo contra la peor de todas las ofendidas: la vanidad ajena. Esto lo entiende y lo afronta María Flora Yáñez en su "Antología del Cuento Chileno Moderno", (Colección Fontana, Editorial del Pacífico, S. A.) que compendia veinte años de ejercicio: 1938-1958, veinte años de liberación de esa especie de tromba ávida y devorante del criollismo, en cuyo vértigo sucumbieron tantos escritores que cedieron a la tentación tricolor.

Ahora, María Flora Yáñez reúne a treinta y dos cuentistas que olvidaron el poncho y el "benaiga, mi patroncito", que volvieron la cabeza hacia su alma y crearon páginas sin olor a menta y a poleo, pero henchidas por la fragancia tremenda de sí mismo. El mayor es Rafael Maluenda, nacido en 1885; los menores cumplen recién la treintena. Sin embargo, la fuerza del arte laborado sin otro aire que el de la propia vida, vibra en todos con igual dominio. No son escritores con apoyo de fuera: ciegos para el paisaje, existen, en cambio, con los ojos abiertos y despiertos para los espectáculos de sus sueños. La orden de saltar la cuerda floja del criollismo viene de don Augusto d'Halmar y de Pedro Prado: ¿no podría ser el epígrafe de esta antología

aquello que sentenciara d'Halmar: que los únicos frutos que maduran a la luz de la luna son nuestros sueños?

María Flora Yáñez se propuso mostrarnos cómo la literatura va del "hombre tal" al hombre; cómo del "color local" debe llegarse a los matices que definen a la criatura humana en su múltiple espejo de sorpresas. Ya, por lo que se lee en estas páginas de sabia elección,

doblamos la curva del "fio" para entrar en la ventaja del "don" y de los dones. María Flora Yáñez acaba de bautizar en "Mundo" y en "Hombre" al cuerpo literario chileno, no sumergiéndolo en el Maule —que es el Jordán del criollismo— sino echándole el agua y la sal de la creación mayor.

Andrés Sabella. Antofagasta  
diciembre de 1958.

## Belvedere literario

por Quinto POLO

### ANTOLOGIA... NO CRIOLLISTA.

Una recopilación de autores nacionales con cuentos que estén —en lo posible— al margen del criollismo, ha sido la sorpresa y novedosa determinación de una escritora. ¿Quién es la que ha abierto el fuego en esta especie de "tabú"? Así se puede calificar porque hasta ahora nadie lo había intentado; toda antología chilena, para llamarse tal, debía estar salpicada de rodeos, de lenguaje campesino, y de un ambiente vernáculo que no siempre era de buena ley. Rompiendo lanzas contra este prejuicio literario, María Flora Yáñez ("Espejo sin imagen", "El Estanque", "El abrazo de la Tierra", "Juan Estrella", "Mundo en sombra" y dos novelas más) se ha lanzado a la escabrosa faena de construir esta antología, que se llamará simplemente: "ANTOLOGIA DEL CUENTO CHILENO MODERNO", y ha dividido a sus 26 elegidos y privilegiados en: subrealistas, oníricos, simbólicos, y los de índole psicológica. Veamos cómo acogen esto... los que no están entre los 26....

la fuerza oculta y permanente del espíritu y de los símbolos en el arte. Símbolos que si llevan en sí un soplo de fecundidad y reflejan las profundas aspiraciones de una época, han de perdurar más allá de la existencia de su autor, iluminando a quienes lo siguen."

Así termina el prólogo, el mismo de la primera edición. Debajo, se lee: "Nota.— En esta 2a. edición, la autora ha hecho algunas modificaciones al texto original, agregando algunos relatos y retirando otros".

¿Por qué? No se sabe. Quien escribe estas líneas siente una extraña sensación, pues en la edición original aparecía un cuento suyo y ahora no, pese a que se le cita en el prólogo. J. T. ha sido "desantologado" junto con otros. Es una de las más extrañas experiencias que puede vivir un escritor, más extraña aún que la de aparecer antologado. En todo caso, no varía de modo alguno el valor general de la obra, concebida con un espíritu aparentemente amplio, pero en el fondo pleno de amor hacia las tendencias del cuento que irrumpieron alrededor de 1938 y que nada tenían que ver con el criollismo que asfixiaba el ambiente

### EL CUENTO CHILENO MODERNO

Otra antología. Pero ya prestigiada por una prime-



María Flora Yáñez

ra edición. Se intitula "ANTOLOGIA DEL CUENTO CHILENO MODERNO", y ha sido preparada por María Flora Yáñez y editada por Pacífico.

Es una selección de primera calidad. Según la autora "es el contrapunto de una etapa que creyó demasiado en el poder racional de literatura e ignoró



MARIA FLORA YAÑEZ

8 Las Noticias de ULTIMA HORA, domingo 11 de mayo

La Nación  
Octubre 24/65



Marcha Montevideo  
24 abril 1959.

NUEVA NARRATIVA

Por JOSE ENRIQUE ECHEVERRY

# Veinte años de cuento chileno

## I. — CRITERIOS

UNA antología que aspire a la condición de tal —que no se resigne a ser un informe acopio de textos por excelentes que ellos sean— exige, básicamente, la presencia de un criterio de selección que determine y justifique la inclusión de las distintas piezas. El gusto personal de quien emprende esta tarea, siendo como es la *ultima ratio* de incorporaciones y descartes, no alcanza a sustituir tal imprescindible norma.

De allí que la consideración crítica de una antología deba atender, en primer término, a la norma selectiva que el antologista adopta y que el juicio que su labor merece dependa, en definitiva, de la plausibilidad de la misma.

Dos criterios orientan la antología de cuentos de María Flora Yáñez (\*), abstracción hecha del de la nacionalidad de los narradores. El primero de ellos —vago en el adjetivo *moderno*, explícito en las fechas 1938-1958 que el título extiende— es de orden cronológico. Se trata de treinta y dos narraciones publicadas en las dos últimas décadas (Siete se publican ahora por primera vez).

El segundo criterio, que cabría denominar temático o —también— ambiental, desatiende mayoritariamente las narraciones realistas de tema o ambiente campesino o urbano (la antologista, quizá con excesiva latitud del término, se refiere a la ya superada "era criollista" de la narrativa chilena), para poner el acento en aquellas que especulan con la magia, la alegoría, el símbolo, el mito o la pura psicología, llegando, en más de un caso, a los dominios surrealistas. "Dentro de la limitación que impone esta clase de trabajo —anota en el Prólogo María Flora Yáñez— he elegido a quienes, a mi juicio, están más de acuerdo con la época que vivimos y la representan en su forma caótica y atormentada". Los narradores de las nuevas tendencias eluden, a juicio de la antologista, la objeción fundamental que cabría hacer a los criollistas chilenos: su falta de universalidad, la clausura que impusieron a sus ficciones.

Con relación al criterio cronológico, conviene indicar que no implica un paralelo generacional. Si bien la mayor parte de los narradores incluidos nacieron en las décadas del diez y del veinte, hay cinco nacidos en el siglo

pasado y cuatro en la primera década del actual. (El cómputo no es del todo preciso ya que las noticias bio-bibliográficas que acompañan a los cuentos omiten el año de nacimiento de varios autores). Se comprende que el hecho de que los cuentos hayan sido publicados en los veinte últimos años pierda relevancia frente a las diferencias generacionales de sus autores.

En cuanto al criterio temático o ambiental, la preocupación de María Flora Yáñez por eliminar (aunque no del todo) el criollismo, no parece suficientemente mantenida ni justificada. Lo primero, porque algunos más de los dos cuentos que declara la antologista en el Prólogo pueden adscribirse a esa corriente (y entre ellos están, paradójicamente, dos de los mejores de la colección). Lo segundo, porque el criollismo (con sus limitaciones pero también con sus excelencias) sigue teniendo vigencia entre los actuales cultores del cuento en Chile. Un criollismo sin duda trascendido y purificado, pero todavía poderoso en su rica evocación nativa.

## II. — CUENTOS

Pero si los criterios antológicos carecen de precisión y arrastran al volumen a una condición invertebrada y caótica (de la que no la aparta, antes bien la agudiza, la ordenación alfabética de autores de los cuentos recogidos), la Antología se salva, en definitiva, por la bondad del material que incluye.

De los treinta y dos cuentos recogidos, cerca de la mitad justifican amplamente su presencia. El resto se mueve, con altibajos no demasiado pronunciados, en un terreno de evidente dignidad. Muchos valen, aunque más no sea, como ejemplo de los buceos que en la técnica narrativa ensayan algunos de los escritores adscritos a la nueva generación chilena (Pienso, especialmente, en *El matrimonio o la puerta del sol* de Teresa Hamel).

Cuatro cuentos merecen mención especial.

Con *Lucero*, Oscar Castro (1910) - (1947) logra la ejemplar integración de la naturaleza y los seres que la pueblan. El áspero paisaje cordillerano enmarca la entrañable solidaridad de un baqueano y su caballo que se rompe saludablemente hacia el final para dejar paso al cumplimiento

de un código de honor: el de los transeúntes de la cordillera. La narración progresa, con agilidad y equilibrio, hasta la peripecia: el encuentro de los dos viajeros, su diálogo tenso y descarnado, el sorteo definitivo. Sin concesiones al sentimentalismo, la frase final concentra, en la mejor tradición del cuento breve, la significación entera de la ficción: "Entonces, Rubén Olmos, como quien se descuaja el corazón, palmoa nuevamente a Lucero en el cuello y, de un empujón inmenso, lo hace rodar al abismo".

El encuentro de otros solitarios, ahora por los blancos caminos de Tierra del Fuego, suministra la anécdota de *La botella de caña*, de Francisco Coloane (1910). Los sueños que la caña despierta en los protagonistas marcan, con exacta virtud psicológica, el abismo que media entre sus personalidades. Las rememoraciones de uno de ellos, a través de un racconto intenso y minucioso, vinculan la tragedia pasada a la situación presente para resolver esta última. También aquí el final (un final asordado) clausura limpiamente la narración. "Los dos jinetes, como dos puntos negros, empiezan a separarse y a horadar de nuevo la soledad y la blancura de la llanura nevada. Junto a la tranquera, queda una botella de caña, vacía. Es el único rastro que a veces deja el paso del hombre por esa lejana región".

*Una señora* de José Donoso (1925) es la historia de una obsesión. El narrador juega con comunes experiencias psicológicas (reminiscencias, presentimientos) y consigue armar un relato que bordea la literatura fantástica y en que el borroso ambiente ciudadano colabora inmejorablemente en el logro del efecto. Es éste un claro ejemplo de cómo puede realizarse un gran cuento sobre la base de una situación banal.

También ingresa en la literatura fantástica el hermoso cuento *La estancia sorprendida* de Luis Alberto Heiremans (1928). El cuento se inicia superficialmente en una especie de preparación, mundana e indiferente, de la visión que padece Bernardo, el adolescente protagonista de la historia; culmina en el instante en que Bernardo sorprende, en una pieza cerrada durante cuatro meses, la vida de sus objetos, y descubre el acompañamiento de la suya a esa otra, reprimida e intensa; se resuelve en la ruptura del encantamiento, con la

vuelta de las cosas a su rígida, a su sórdida realidad.

Pero las excelencias de la colección no se reducen a los cuatro cuentos comentados. Allí están también, amargo e intencionado, *El poeta que se volvió gusano* de Fernando Alegría (1918); el arte esplendoroso de María Luisa Bombal (1910) con *Las islas nuevas*; el humor sin alegría de Armando Cassigoli (1918) a través de un relato de cáustica crítica social, *Despremiados*. Juan Marín (1900) incursión con éxito por las historias fantasmales con *El hombre del funeral* y Manuel Rojas (1896) extiende en su *Pancho Rojas* una visión tierna y melancólica de seres inocentes. Y, además, Mario Espinosa (1924), Nicomedes Guzmán (1914), Rafael Maluenda, el decano de la colección (1885), Herbert Müller (1923), Miguel Serrano (1917).

## III. — FIN

Si la Antología de María Flora Yáñez carece, como anotamos al principio, de la firmeza de criterios que le suministre organicidad (sentido de cosa total), tiene la virtud de extender, a través de varios ejemplos excelentes, un panorama singularmente brillante del cuento chileno.

Su valor instrumental, en cuanto aproximación a la poderosa narrativa del país del Pacífico, en cuanto divulgación de sus mejores exponentes, parece asegurado con suficiencia.

(\*) María Flora Yáñez: *Antología de cuento chileno moderno, 1938-1958*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S. A., 1958. 327 págs.



## Divagación: Nuestro Cuento

por Andrés SABELLA

**C**UANDO el cuento chileno cumple 122 años, aparece la segunda edición de la "Antología del Cuento Chileno Moderno", de María Flora Yáñez. La primera data de 1958. El primer personaje de cuento chileno es "El mendigo", José Victorino Lastarria agrega a sus méritos, éste, muy ponderable: el de iniciar el género entre nosotros. Otros piensan que tal honra se le debe a Jotabeche. "El mendigo", es un cuento con tendencia: Lastarria pretende demostrar que su Discurso de 1842 posee rumbo y porvenir. Las aventuras desventuradas de este héroe, lleno de andrajos y fracasos, sirve de almohada a nuestros lectores: almohada, porque allí reposan las raíces en su largo sueño de 122 años; y almohada, porque dicen que resulta aburrido, lento y aplastante... La realidad corre a lo largo de las palabras del Maestro Lastarria: la realidad, llevando, a la rastro, una verdadera cola de fracasos. No es tampoco alegre el aire de "La Maiga" de Federico Gana, aparecido en 1897: hay acá, drama, lágrimas y desvergüenza. La prosa chilena vive en su estrictez de testimonios. Estalla en documentos preciosos para la historia social: existen en el campo padres que venden a sus hijas, Carlos Pezoa Véliz lo repite en "Teodorinda", un poco más tarde. "La Maiga" y "Teodorinda", se hermanan en las ciénagas.

Pero, de repente, una ventana se abre en Chile. Una ventana que da al mar, al infinito tentador de los viajes y los acasos. Augusto d'Halmar principia a molestarse por el humo que le envuelve desde los ranchos campesinos y prefiere el humo de los navios que zarpan. ¡Como que su obra "La Sombra del Humo en el Espejo" traza la primera luz de nostalgia sobre nuestros libros...! Ahí, d'Halmar nos enseña a soñar:

"...en ese bar subterráneo .. yo em-  
prendí

mis primeros viajes... Yo tenía en-  
tonces quince años...".

Fedemos calcular que esta Antología de María Flora Yáñez nace de la turbulenta soledad y del ensueño andariego de d'Halmar, porque en ella se quieren amalgamar los ímpetus "de lo simbólico o mítico" (página 9), alejándose de cualquier cantar de espuelas. En esta Antología dominan los murmullos del viento de las quimeras. Lo que se escucha en sus páginas no es galope de caballos en la noche; sentimos el paso de la fábula, paso levisimo; sentimos el golpe de corazones singulares en su misterio; sentimos "la otra vida" de las criaturas, aquella que se resuelve en imposibles o en desgarraduras:

"Había, pues, algo más cruel, más estúpido que la muerte. ¡El, que creía que la muerte era el misterio final, el sufrimiento último! (María Luisa Bombal, página 86): "Pibesa es ágil, es ardilla, es volantín en sí misma"; (Juan Emar, página 149): "Miro en torno mío y veo hombres y cosas hundiéndose en los años; veo cora-

zones carcomidos por el roce secreto de las horas". (Salvador Reyes, página 238), etc.

María Flora Yáñez, no desdena la savia criollista. Simplemente, al grito de los rodeos, prefiere el de los naufragos en el azar de la vida; esos que se llaman, sin verse los rostros, en los túneles y en las marejadas, reconociéndose hermanos por la desesperación que les revienta en las voces, así, los seres de Teresa Hamel o de Herbert Müller:

"Emborracharse. Desterrar la conciencia. Dopar la inquietud". (Teresa Hamel, página 185): "...recordé que un viernes, a la doce y cuarto, tú dejaste de quererme y que todo, desde entonces, no tiene sentido", (Herbert Müller, página 230).

En toda antología nos aguarda un riesgo. Sin duda, ésta, noble y bellamente trabajada, habrá de correr más de algu-  
nco. Pero, nadie negará que María Flora Yáñez ha soplado mucho polvo de viejos caminos, que cubría a nuestras letras, permitiendo que surja de ellas de sus fondos trémulos, un color de Mundo y de Hombre, un hermoso color que borra distancias y aproxima la vibración chilena a todos los áidos de la tierra. Es la victoria que celebramos en esta obra, reflejo de una conducta de escritora completa en sabiduría y en sensibilidad.

A. S.



Divagación;

## Nuestro Cuento

por Andrés SABELLA

**C**UANDO el cuento chileno cumple 122 años, aparece la segunda edición de la "Antología del Cuento Chileno Moderno", de María Flora Yáñez. La primera data de 1958. El primer personaje de cuento chileno es "El mendigo", José Victorino Lastarria agrega a sus méritos, éste, muy ponderable: el de iniciar el género entre nosotros. Otros piensan que tal honra se le debe a Jotabeche. "El mendigo", es un cuento con tendencia: Lastarria pretende demostrar que su Discurso de 1842 posee rumbo y porvenir. Las aventuras desventuradas de este héroe, lleno de andrajos y fracasos, sirve de almohada a nuestros lectores: almohada, porque allí reposan las raíces en su largo sueño de 122 años; y almohada, porque dicen que resulta aburrido, lento y aplastante... La realidad corre a lo largo de las palabras del Maestro Lastarria: la realidad, llevando, a la rastro, una verdadera cola de fracasos. No es tampoco alegre el aire de "La Maiga" de Federico Gana, aparecido en 1897: hay acá, drama, lágrimas y desvergüenza. La prosa chilena vive en su estrictez de testimonios. Estalla en documentos preciosos para la historia social: existen en el campo padres que venden a sus hijas, Carlos Pezoa Véliz lo repite en "Teodorinda", un poco más tarde. "La Maiga" y "Teodorinda", se hermanan en las ciénagas.

Pero, de repente, una ventana se abre en Chile. Una ventana que da al mar, al infinito tentador de los viajes y los acasos. Augusto d'Halmar principia a molestarse por el humo que le envuelve desde los ranchos campesinos y prefiere el humo de los navíos que zarpan. ¡Como que su obra "La Sombra del Humo en el Espejo" traza la primera luz de nostalgia sobre nuestros libros...! Ahí, d'Halmar nos enseña a soñar:

"...en ese bar subterráneo .. yo em-  
prendí

mis primeros viajes... Yo tenía en-  
tonces quince años...".

Podemos calcular que esta Antología de María Flora Yáñez nace de la turbulenta soledad y del ensueño andariego de d'Halmar, porque en ella se quieren amalgamar los ímpetus "de lo simbólico o mítico" (página 9), alejándose de cualquier cantar de espuelas. En esta Antología dominan los murmullos del viento de las quimeras. Lo que se escucha en sus páginas no es galope de caballos en la noche; sentimos el paso de la fábula, paso levísimo; sentimos el golpe de corazones singulares en su misterio; sentimos "la otra vida" de las criaturas, aquella que se resuelve en imposibles o en desgarraduras:

"Había, pues, algo más cruel, más estúpido que la muerte. ¡El, que creía que la muerte era el misterio final, el sufrimiento último! (María Luisa Bombal, página 86); "Pibesa es ágil, es ardilla, es volantín en sí misma"; (Juan Emar, página 149); "Miro en torno mío y veo hombres y cosas hundiéndose en los años: veo cora-

zones carcomidos por el roce secreto de las horas". (Salvador Reyes, página 236), etc.

María Flora Yáñez: no desdeña la savia criollista. Simplemente, al grito de los rodeos, prefiere el de los naufragos en el azar de la vida; esos que se llaman, sin verse los rostros, en los túneles y en las marejadas, reconociéndose hermanos por la desesperación que les revienta en las voces; así, los seres de Teresa Hamel y de Herbert Müller:

"Emborracharse. Desterrar la conciencia. Dopar la inquietud". (Teresa Hamel, página 188); "...recordé que un viernes, a la doce y cuarto, tú dejaste de quererme y que todo, desde entonces, no tiene sentido", (Herbert Müller, página 230).

En toda antología nos aguarda un riesgo. Sin duda, ésta, noble y bellamente trabajada, habrá de correr más de algu-  
nco. Pero, nadie negará que María Flora Yáñez ha soplaído mucho polvo de viejos caminos, que cubría a nuestras letras, permitiendo que surja de ellas de sus fondos trémulos, un color de Mundo y de Hombre, un hermoso color que borra distancias y aproxima la vibración chilena a todos los eidos de la tierra. Es la victoria que celebramos en esta obra, reflejo de una conducta de escritora completa en sabiduría y en sensibilidad.

A. S.